

límites extremos, infrahumanos Y se adelanta en más de medio siglo —nos referimos a los *poetas sociales* de las últimas hornadas— a alzar la voz de sus versos doloridos en favor de los que padecen a consecuencia de la injusticia.

Claro que como *hombre de su lugar y de su tiempo* no puede admitir, quizá porque dentro y fuera de él las contemple deformadas, aquellas posibles soluciones generales que habían tratado de imponer unos y otros desde arriba o desde abajo, entre errores y violencias, y no acepta o no ve otras que las que proponen los hombres mejores de su época; la caridad, el paternalismo... fórmulas que hoy quedaron ya fuera de elección.

Si leemos con discreta atención su obra, descubriremos que en más de la mitad de ella, *Gabriel y Galán* se manifiesta como *poeta social*, inconformista.

En algunas composiciones, la reacción del poeta frente a la injusticia es categórica, tajante. Citamos entre ellas «La jurdana», poema estremecedor en que los versos se desbordan en tonos desgarrados expresando la angustia por unas condiciones de vida más propias de lobos —aquellos lobos hambrientos que merodean entre la maleza y los peñascales de las Hurdes— que de personas.

En otras se nos presenta más tierno, más paternalista. Recordemos el bello poema «Mi vaquerillo»: su pasión indeclinable por la vida del campo lo lleva a cantar con morosa complacencia la enorme y sugestiva belleza del nocturno campesino: su solemnidad, los rumores, la luz difusa, como de plata, que baja del cielo... Pero toda esta emoción es superada cuando el poeta contempla el sueño —cara a las estrellas— del zagalillo que le cuida las vacas. Ante la estampa serena, piensa en las seguras penalidades, los peligros, la ruda tarea de aquel adolescente, casi un niño, en la exigüidad de la soldada. Y se siente conmovido por duros remordimientos que procura aliviar en el firme propósito de la enmienda.

En «Los postres del mediodía» es la propia voz del jornalero víctima de una opresión llevada a tope por la avaricia y la inhumana actitud del amo, la que se levanta ronca, amenazadora, agresiva.

Y como éstas, muchas más, cada una con su propio matiz «Canto al trabajo», «La epigadora», «A. S. M. el Rey», «A un rico», etcétera, que expresan claramente la tendencia social del vate salmantino. Y esto es así incluso en aquellos versos como los de «Los pastores de mi abuelo», en que la situación conflictiva se resuelve de acuerdo con los más estrictos cánones *reaccionarios*. Era la excepción indudablemente salvada por la buena fe.

HOMBRE SOLO

En la tarde silenciosa,
de voces afelpadas,
camino por senderos infinitos.
Caminos ciegos,
sendas que me separan de tus huellas,
de tus acentos, que inútilmente escucho.

No resuenan tus pasos,
ni cruje la arena bajo las temerosas plantas.
No hay arrayanes en las cunetas,
ni encuentros con otros caminantes.
No están tus manos guiándome,
confortando mis miedos.

Camino como si flotara
en una atmósfera vacía, de astronautas,
mientras bordeo oscuros precipicios.
Al fondo, las sierras, como envueltas en humos
que me ocultan añiles desvaídos,
levantándose imponentes
o se hunden de pronto, como heridos cetáceos.

Las hojas de los árboles,
antes bellos esmaltes, se han quedado sin brillo,
y en las ramas,
los trinos apagados de los pájaros
son piar de pobres criaturas indefensas.

La tierra toda,
los muros y las verdes praderas de esmeralda
son barreras que obstruyen los caminos,
perdidos entre el fango y el verdín de las piedras.

Y es la noche
la que navega, fatal, en la nave de la tarde.
La noche con sus fríos,
con sus silencios y las medrosas sombras
envolviendo las afelpadas voces,
celosa de sus ecos como fatal mordaza.

Solo en la tarde
sin voces y sin luz. Sin tu presencia.

Teodoro CEPEDA GIL